

JESÚS TORRECILLA

ESPAÑA AL REVÉS

**Los mitos del pensamiento progresista
(1790-1840)**

Marcial Pons Historia

2016

Una primera versión de algunas partes de este libro ha aparecido previamente en las siguientes publicaciones, reimprimiéndose aquí con su autorización: «Moriscos y liberales: la idealización de los vencidos», *The Colorado Review of Hispanic Studies*, 4 (otoño, 2006), pp. 111-126; «Tradiciones inventadas: el liberalismo de Lanuza», *Mester*, 37 (2008), pp. 63-80; «Los liberales y el pueblo en los escritos autobiográficos de José Somoza», *Studi Ispanici*, XXXVI (2011), pp. 125-137; «La felicidad y la fuerza: el romanticismo de Larra», *Studi Ispanici*, 38 (2013), pp. 139-152, y «Los tesoros escondidos de Al Andalus y la España alternativa de Blanco White», en *El otro colonialismo: España en el norte de África*, Vervuert, 2015.

Primera edición, febrero de 2016
Segunda edición, noviembre de 2016

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Jesús Torrecilla
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-16662-08-1
Depósito legal: M. 37.682-2016
Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico
Fotocomposición: Milésima Artes Gráficas
Impresión: Elecé, Industria Gráfica, S. L.
Madrid, 2016

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN. EL PASADO COMO FUTURO: LA INVENCÓN DE UNA ESPAÑA ALTERNATIVA.....	9
CAPÍTULO 1. LA CONFLICTIVA RELACÓN DE LOS LIBERALES CON EL PUEBLO	55
CAPÍTULO 2. EL MITO DE LOS COMUNEROS Y DE LOS FUEROS MEDIEVALES...	101
CAPÍTULO 3. EL MITO DE AL-ÁNDALUS.....	155
CAPÍTULO 4. EXTRANJEROS EN SU PATRIA: BLANCO WHITE Y LARRA	207
CONCLUSIONES	255
BIBLIOGRAFÍA	269
ÍNDICE ONOMÁSTICO	295

INTRODUCCIÓN

EL PASADO COMO FUTURO:
LA INVENCION DE UNA ESPAÑA
ALTERNATIVA

El pensamiento progresista español posee peculiaridades que no pueden entenderse desconectadas del entorno histórico en el que se gestó. Su implantación no fue fácil. En una sociedad en la que las fuerzas conservadoras pretendían monopolizar el sentido de lo español, con el apoyo decisivo de la Iglesia católica, los ilustrados del siglo XVIII confrontaron la hostilidad del clero y se vieron obligados a desmentir la acusación de afrancesados que les aplicaban sus enemigos. Pero será en el contexto de la Guerra de la Independencia contra Napoleón cuando este calificativo adquirirá una especial gravedad. El dirigente corso justificó la invasión argumentando que pretendía ayudar a los españoles a construir un país dinámico y moderno, y logró con sus medidas reformadoras atraerse el apoyo de una buena parte de las élites cultas. Otro grupo de progresistas, sin embargo, aun compartiendo esa manera de pensar, advirtieron el peligro que implicaba colaborar con el enemigo y emplearon todos los medios a su alcance para repeler la agresión. Poco le importó a Fernando VII ese detalle, a su parecer irrelevante. Cuando en 1814 regresó a España, hizo suyas las tesis más reaccionarias y, sin preocuparse por establecer diferencias entre afrancesados y liberales, a pesar de que los últimos habían luchado en su nombre, empleó idéntico celo en perseguirlos a todos.

En ese entorno turbulento, caracterizado por guerras civiles, cárceles y exilios, se forjan las líneas maestras del pensamiento

progresista español¹. Confrontados con la acusación de que sus ideas procedían de Francia, los liberales debieron sacudirse ese estigma y ensayaron diversas estrategias para arraigar su proyecto en la tradición nacional². Promovieron una nueva interpretación de la historia y una nueva mitología, que, más que explicar lo que España había sido en el pasado, reflejaba su proyecto de futuro³. También, por las adversas condiciones en que vivía el país, abocado a una creciente polarización interna, el carácter de los mitos que crearon implicó una inversión radical de los existentes hasta ese momento. Frente a la España del Altar y el Trono, tutelada por Castilla y articulada en torno a la empresa de la Reconquista y a la idea del Imperio, elaboraron tres mitos alternativos que adquirirán una importancia decisiva en las décadas siguientes y cuyo relieve, puede decirse, que se extiende hasta hoy. Los comuneros y los fueros medievales simbolizaban una idea pactada de la monarquía (una especie de monarquía constitucional *avant la lettre*) que, según los liberales, había estado ampliamente extendida durante la Edad Media, sobre todo en el reino de Aragón, y que era una forma de gobierno genuinamente española. Comuneros y fueros medievales representaban asimismo, y ésta es la segunda dimensión del mito, el respeto a una diversidad regional intrínseca que las dinastías extranjeras de los Austrias y los Borbones, con el apoyo decisivo de Castilla, habían intentado erradicar. Por otra parte, al-Andalus, el enemigo por antonomasia de España, tal y como pregonaba insistentemente el discurso oficial, pasó a simbolizar un espacio ideal de convivencia negociada, un modelo de sociedad culta y tolerante

¹ En 1971 publicó Javier HERRERO un excelente libro, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, en el que rastreaba el origen extranjero de algunas de las principales ideas manejadas por los conservadores. Llegaba a la conclusión de que lo que se denomina tradición española «ni es tradición ni es española» (p. 22). Mi estudio parte de un propósito similar: indagar el origen de los principales componentes que configuran el discurso progresista para enraizarlo en la historia.

² En su ya clásica obra sobre el tema, afirmaba Miguel ARTOLA que el afrancesamiento ideológico era mayor entre los liberales que entre los propios afrancesados, a pesar de que estos últimos colaboraron con los invasores, asegurando que los liberales habían «sufrido una mayor influencia del espíritu francés» (1976, p. 24).

³ Ronald SUNY considera que las naciones fundamentan su legitimidad en memorias de hechos pasados que se organizan en narraciones coherentes. Y concluye: «Whatever actually happened is far less important than how it is remembered» (2001, p. 864).

que implicaba una imagen invertida del país fanático y excluyente que había existido hasta esos momentos. De manera paradójica, la realidad contra la que se había articulado la idea de la Reconquista, como mito fundacional por excelencia de la nación, comienza ahora a representar una España alternativa que, en opinión de los liberales, nunca debió desaparecer. Una España, por cierto, que era significativamente similar a la que ellos pretendían construir⁴.

Antes de pasar adelante debo advertir, aunque tal vez no sea necesario hacerlo, que no me propongo escribir un libro de historia en la acepción convencional del término, sino analizar en qué contexto, y como reacción a qué circunstancias, se gestaron los principales mitos del pensamiento progresista español. Para ello prestaré atención a estudios considerados históricos, pero también, y sobre todo, a obras de carácter ficticio. Los mitos, para ser eficaces, deben apelar a las emociones del receptor, algo en cierto modo fuera del alcance de la árida exposición historiográfica. Aunque no deja de ser cierto, como advertía Hayden White, que la línea divisoria entre historia y ficción es en ocasiones tan borrosa que resulta difícil de delimitar⁵. Ciertos libros que se publicaron en su día como históricos, y que fueron leídos y analizados como tales, sabemos ahora que deberían inscribirse en el apartado de las obras de entretenimiento. Pero la relación entre historia y literatura es un tema demasiado complejo como para abordarlo en unos cuantos párrafos apresurados. El lector atento observará que indagar la naturaleza de esa relación constituye uno de los objetivos esenciales del libro.

Como señalaba más arriba, a lo largo del siglo XVIII el enfrentamiento entre tradición y modernidad sufrió en España la interferencia decisiva de un factor que condicionó el proceso y que podríamos denominar «extraño» a la dinámica de renova-

⁴ La relación de los mitos con la verdad objetiva (o, por decirlo de otro modo, con los hechos históricos demostrables) «is less relevant than the purpose and intention they serve» (KAMEN, 2008, p. X). Lo importante no es saber si son o no ciertos, sino si son o no eficaces.

⁵ En *Metahistory* desmiente WHITE a los que creen que la diferencia «between “history” and “fiction” resides in the fact that the historian “finds” his stories, whereas the fiction writer “invents” his» (1987, p. 6). Por el contrario, esta creencia «obscures the extent to which “invention” also plays a part in the historian’s operations. The same event can serve as a different kind of element of many different historical stories» (*ibid.*, pp. 6-7).

ción interna de cualquier sociedad. Me refiero al convencimiento, reiterado una y otra vez por numerosos autores (conservadores sobre todo, pero también progresistas), de que las ideas avanzadas venían de fuera y sólo habían conseguido implantarse en el país gracias al amparo oficial. No significa esto afirmar que el caso de España fuera único en el entorno europeo, ni mucho menos defender que el carácter de la nación se funda en supuestas esencias eternas. En los siglos XVIII y XIX había otros muchos países que se encontraban en una situación parecida y para los que la idea de modernidad estaba igualmente asociada con una realidad extranjera. Me interesa constatar el hecho simplemente para advertir que no podemos comprender la realidad española aplicándole pautas que han sido concebidas para explicar sociedades que se hallaban en esos momentos en circunstancias históricas muy diferentes. En la España del siglo XVIII, consciente de su marginalidad, la oposición temporal entre tradición y renovación tiende a interpretarse como un enfrentamiento espacial, en el que el concepto de modernidad se asocia con las modas venidas del otro lado de los Pirineos⁶. El hecho aparece reflejado en numerosos autores. Basta repasar los escritos de Feijoo, Cadalso, Forner, Jovellanos, Ramón de la Cruz, Capmany, Erauso y Zavaleta, Iza Zamácola y Vicente García de la Huerta, por mencionar algunos de los más relevantes. La modernización de la sociedad española, que los ilustrados consideraban indispensable para sacar el país de su atonía, encontró, así, obstáculos adicionales que dificultaron enormemente su implantación. Porque el proyecto no sólo tuvo que confrontar la lógica hostilidad de las fuerzas conservadoras, sino que se vio obligado a neutralizar la poderosa oposición de un nacionalismo defensivo cada vez más suspicaz con el influjo francés⁷. El fenómeno que Ortega y Gasset

⁶ No puedo estar de acuerdo con los que, como Gonzalo ANES, consideran que a finales del siglo XVIII no había «diferencias esenciales entre España y los países más prósperos de Europa» (1997, p. 240). La evidencia de los textos prueba que los españoles de la época tenían una conciencia de marginalidad (o, por ponerlo en otros términos, de debilidad) muy acentuada con relación a países como Francia e Inglaterra.

⁷ Los conceptos de nación y patria se construyen en determinadas circunstancias y obedeciendo a los intereses de ciertos grupos. En ello coincide la mayoría de los estudiosos. Los interesados en el tema del nacionalismo pueden consultar, entre otros, los estudios de Ernest GELLNER, Liah GREENFELD, Benedict ANDERSON, Anthony D. SMITH (1991), Hugh SETON-WATSON, Bruce LINCOLN, Gopal BALAKRISHNAN, Eric HOBBSBAWM,

denominó «aplebeyamiento de la aristocracia», que afectó a algunos de sus representantes más destacados (1983, VII, p. 524), evidencia la exasperación que experimentaron ciertos miembros de esa clase frente a lo que consideraban una inaceptable invasión de las modas venidas de fuera⁸.

La virulencia de la reacción defensiva motivó la aparición de una nueva imagen de lo español, muy alejada de la tradicional, caracterizada por la localización de lo auténtico y genuino en las clases bajas y en los grupos marginales. El prestigio con que aparecía investido todo lo francés, por identificarse con el gusto prevalente en la Corte y con el poderío político-cultural de un país hegemónico, motivó que una parte de la aristocracia procediera instintivamente a imitarlo. Pero algunos miembros de las clases altas reaccionaron asimismo contra lo que consideraban una imposición humillante y comenzaron a copiar los hábitos de aquellos grupos que, por situarse en la periferia de la sociedad, estaban supuestamente inmunes a ese tipo de «contaminación»⁹. Según ellos, mientras las élites cultas se dejaban arrastrar por una corriente extranjerizante que ponía en peligro los fundamentos mismos de la identidad nacional, las clases bajas y los grupos marginales habían sido los únicos capaces de conservar el carácter español en toda su pureza. Cuanto más alejados de la Corte y de las clases altas se encontraran, mejor; cuanto más ignorantes e incultos, más auténticos. Frente al refinamiento y la sofisticación de lo francés, esa reacción creó una imagen nueva de lo español, que el Romanticismo se encargaría de divulgar más tarde por toda Europa (si

Ann-Marie THIESSE y Margarita DÍAZ-ANDREU. Para el caso español, véanse las obras de Julio CARO BAROJA (1970), José Antonio MARAVALL (1963), Inman FOX, Juan P. FUSI (1997) José ÁLVAREZ JUNCO (2000), Henry KAMEN, Ricardo GARCÍA CÁRCCEL (2011), Juan S. PÉREZ GARZÓN y Sebastian BALFOUR y Alejandro QUIROGA. La bibliografía es extensísima.

⁸ CARO BAROJA, refiriéndose exclusivamente a una de las manifestaciones del fenómeno, aunque su observación podría generalizarse a otros aspectos, afirma que es «en tiempos de reyes y gobiernos taurófobos cuando el toreo de a pie tiene su progreso mayor» (1969, p. 252). Para un análisis detallado del tema, véase TORRECILLA (2004).

⁹ La reacción tiene un indudable componente nacionalista. Bruce KING considera que el nacionalismo en general «aims at group solidarity, cultural purity and dignity, a typicality in the lower orders (worker or peasant) and rejection of cosmopolitan upper classes, intellectuals and others likely to be influenced by foreign ideas» (1980, p. 42). Véase también THIESSE (1999, p. 21).

bien proporcionándole un sentido diferente), y que estaba asociada con la espontaneidad y la franqueza, el primitivismo, la pasión, los gitanos, el flamenco y las corridas de toros¹⁰.

Pero si bien es cierto que la importancia creciente del pensamiento ilustrado despertó fuertes tensiones internas en la sociedad española del siglo XVIII, no puede decirse que provocara una escisión radical en el imaginario colectivo de la nación. Lo que no quiere decir que no existiera. El resultado de la Guerra de Sucesión, con la derrota de los austracistas y la supresión de los fueros catalanes, había dejado en los territorios de la antigua corona de Aragón profundas heridas que, como tendría ocasión de comprobarse más tarde, distaban mucho de estar cicatrizadas. Sin embargo, en este libro no me propongo estudiar el pensamiento austracista, ni el de los comuneros (o el fuerista en general), sino analizar el uso que de él harán los progresistas españoles de finales del siglo XVIII y principios del XIX para construir una mitología nacional nueva. Soy consciente de que existe una prolongada polémica sobre la presunta modernidad del austracismo y el fuerismo, pero no es mi intención participar en ella. Dejo al lector la responsabilidad de decidir (si es que eso fuera posible) lo que esos estudios tienen de históricos y lo que tienen de contribución a la formación de los mitos aquí estudiados.

Si nos atenemos a las manifestaciones escritas, es posible afirmar que el pensamiento ilustrado del siglo XVIII no causó una ruptura decisiva con la mitología heredada del XVII o con la forma oficial de interpretar la historia. De hecho, podría mantenerse que los ilustrados reivindicaron los mitos fundacionales del país con mayor fervor aún que los conservadores, probablemente porque se sintieron obligados a neutralizar la acusación de falta de patriotis-

¹⁰ La aparición del nuevo estereotipo puede documentarse en autores contemporáneos, como HUMBOLDT (1998, p. 180), CADALSO (1981, carta VII), JOVELLANOS (1975) y Ramón DE LA CRUZ (*El deseo*). El duque de ALMODÓVAR fija su aparición en torno a 1730 (1781, pp. 264-265), y BLANCO WHITE afirma en «El Alcázar de Sevilla» que su generalización no se produjo hasta principios del siglo XIX. En este último relato, nos informa el narrador que conoció en su juventud a «un excelente hombre, verdadero modelo de los caballeros de Sevilla, en época en que empezaban a afinarse los modales de los españoles, y poco antes de que se generalizase la franqueza moderna, tan opuesta a la gravedad y pausada urbanidad de nuestros antepasados» (1971, p. 299).

mo que les hacían sus enemigos. Jovellanos escribió *La muerte de Munuza*, una tragedia neoclásica en la que Pelayo luchaba contra los invasores extranjeros en defensa de la patria en peligro, en la línea de lo que habían hecho anteriormente (o de lo que harán por esos años) autores como Nicolás Fernández de Moratín, José Cadalso, López de Ayala, Gálvez de Cabrera, Valladares de Sotomayor o Manuel José Quintana¹¹. Incluso cuando abordan temas estrechamente relacionados con la nueva mitología que elaborarán los liberales pocos años más tarde, lo hacen desde una perspectiva tradicional. García Malo, por ejemplo, publicó en 1788 la tragedia titulada *Doña María Pacheco, mujer de Padilla*, pero, a pesar del talante ilustrado del autor, que le llevó a trabar amistad con Manuel Quintana y a ocupar posiciones de poder en la Junta Central tras la invasión napoleónica, su interpretación de los hechos implicaba una inequívoca defensa del absolutismo y una clara condena de los dirigentes comuneros. La mujer de Padilla no representa aquí la noble aspiración del pueblo castellano a preservar sus libertades amenazadas por las inaceptables intrigas de una dinastía extranjera, sino la rebelión injustificada de un personaje ambicioso contra un poder legítimamente establecido. Por eso es tratada de manera tan negativa. Al final, cuando se ve perdida, ofrece su colaboración a los franceses y, contra lo que conocemos que sucedió históricamente, muere asesinada por el pueblo.

La actitud patriótica de los ilustrados durante el siglo XVIII implica una aceptación de los mitos tradicionales españoles y, por tanto, un deseo de disputar a los conservadores la posesión del espacio común, pero sin renunciar al factor aglutinante de una herencia compartida. No hay que olvidar que a mediados de siglo aparecieron los primeros intentos conservadores de excluir a los progresistas de la identidad nacional. En el *Discurso crítico* de Erauso y Zavaleta, volumen colectivo que salió a la luz en 1750, el presbítero Euse-

¹¹ Los temas de Guzmán el Bueno, Numancia, Pelayo y Sancho García implican una temática similar de resistencia al invasor extranjero. René ANDIOC ya observó que los mismos autores de aquella época se encargaron de resaltar el paralelismo: por ejemplo, en el *Guzmán el Bueno* de Moratín, advierte el protagonista al rey moro «“que otra Numancia/ Verá en Tarifa, a quien rendir pretende”,/ y afirma más lejos: “restaurador nuevo/ Me llaman, y creen todos en tal lance/ Deberme tanto a mí como a Pelayo”» (1987, p. 385).

bio Quintana equiparaba veladamente a los afrancesados con los judíos, evidenciando que existía una corriente conservadora que se proponía expulsar a sus rivales del espacio imaginario español. Alejandro Aguado, otro de los colaboradores del volumen, aseguraba, asimismo, que no todos los nacidos en España eran españoles, ya que algunos de los que por ley natural debían salir en su defensa se comportaban como sus peores enemigos (Aguado, 1750, s. p.). En cuanto a las obras de ficción, el ejemplo más representativo de esa tendencia a negar a los ilustrados su condición de españoles se encuentra en la *Raquel* de García de la Huerta, una tragedia en la que, como señalara ya hace tiempo René Andioc, no es casual que el autor ponga en boca de la protagonista un discurso de ideas ilustradas. Si tenemos en cuenta que Raquel se caracteriza como una extranjera que pretende dominar el país en beneficio del pueblo hebreo, el mensaje implícito de la obra es evidente: los ilustrados, como sucediera antes con los judíos, amenazan con destruir los fundamentos de la identidad española (entendida como algo inmutable, asociada con los conceptos de religión católica y monarquía absoluta) y deben, por tanto, ser tratados como lo habían sido aquéllos. Pero el intento de presentar a los ilustrados como extranjeros y enemigos de la nación no acarrió de momento mayores consecuencias. El hecho de que García de la Huerta sufriera varios años de destierro en Orán, posesión española del norte de África en la que la obra tuvo que representarse por primera vez, prueba que el discurso intransigente de los conservadores no gozaba por ese tiempo del favor de los que ejercían el poder.

La realidad, sin embargo, cambiará bruscamente tras los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar en Francia durante la última década del siglo XVIII. Como consecuencia de las expectativas y temores que esos hechos causaron en toda Europa, se percibirá en España la aparición de un discurso de ideas más radicales por parte de ciertos escritores liberales, pero también el recrudecimiento de las medidas represivas adoptadas por el gobierno. Numerosos españoles de ideas avanzadas se trasladaron a la nación vecina para participar en los acontecimientos revolucionarios y, enardecidos por el aire de libertad que allí se respiraba, intentaron crear una situación similar al otro lado de los Pirineos. En diciembre de 1792, por mencionar sólo el ejemplo más conocido, Marchena se dirigió al entonces ministro Lebrun y le habló de las ventajas de invadir

España, ofreciéndose a colaborar en la empresa. Para preparar el terreno, pensaba que sería conveniente convencer previamente a los españoles de las ventajas de convocar las antiguas Cortes medievales, un poco en la línea de lo que se había hecho en Francia, para que el proyecto revolucionario se disfrazara con una máscara de legalidad. Así, discurría Marchena, podría interpretarse como una vuelta al pasado lo que, analizado en profundidad, implicaba una decidida voluntad rupturista. Además, la estrategia permitiría impregnar el proyecto de un tinte patriótico, caracterizando la eliminación del absolutismo como la recuperación de unas esencias nacionales largamente olvidadas. El objetivo, por tanto, era eliminar las reticencias que podía causar en el pueblo la idea de una ruptura revolucionaria de efectos impredecibles, pero también dejar sin razones a los que identificaban el nuevo espíritu con Francia.

Unos meses antes, y con esa misma finalidad, había escrito Marchena un manifiesto revolucionario que, a pesar de la atenta vigilancia de las autoridades españolas, no tardó en difundirse al otro lado de los Pirineos. «A la nación española» incitaba al pueblo a rebelarse contra los excesos del despotismo, para que, libre la nación del espíritu religioso que la había esclavizado, recuperara sus glorias pasadas. El texto del escritor sevillano posee una extraordinaria importancia, ya que en él se esbozan por primera vez dos de los mitos fundacionales del pensamiento progresista español: la necesidad de recuperar los fueros medievales que habían contribuido a limitar el poder de los soberanos en los antiguos reinos peninsulares (sobre todo en la corona de Aragón) y la idealización como héroes populares de los comuneros castellanos que se rebelaron contra Carlos V. El nombre de Padilla, que tanta resonancia alcanzará durante el denominado Trienio Liberal, aparece mencionado por primera vez aquí en un contexto revolucionario. Pero, curiosamente, aunque el único nombre que se cita en el texto sea el del héroe castellano, el modelo que se propone rescatar no es el de la Castilla medieval, sino el de las antiguas Cortes de Aragón, que «eran el mejor modelo de un gobierno justamente contrapesado» (1985, p. 163).

El folleto de Marchena revela con claridad la doble dimensión del mito comunero y explica las razones de su éxito. Porque no sólo representa la lucha por la libertad de un pueblo oprimido por gobiernos despóticos, sino también la defensa de los fueros específicos de cada antiguo reino peninsular. De hecho, las implicaciones

de esta anfibología son tan dispares que deberíamos hablar con propiedad de dos mitos distintos.

Con el primer significado aparece en la oda «A Juan de Padilla» de Manuel Quintana, en la que el poeta clama contra los efectos de la tiranía y alaba con verbo exaltado la figura idealizada del héroe castellano. Pretende que los españoles imiten su ejemplo, sacudan las cadenas que los oprimen y se unan al movimiento popular que hace temblar las antiguas instituciones por toda Europa. Los comuneros del poema de Quintana de 1797 son, más que nada, una especie de precursores, *avant la lettre*, de los revolucionarios franceses de esa época. La defensa de la libertad que efectuaron a principios del siglo XVI se frustró entonces, por diversas razones, pero podía acometerse con éxito ahora que habían cambiado las circunstancias históricas del momento. La composición está tan imbuida de las ideas de Marchena y Condorcet que, si se demostrara que Quintana no había leído los manifiestos de ambos autores, deberíamos convenir en que las coincidencias son sorprendentes. En este primer tratamiento literario del mito, el escritor madrileño prueba estar fascinado por las ideas de la Revolución Francesa y, a fin de cuentas, propone imitar su ejemplo para acabar con el despotismo.

Pero esa dimensión del mito será modificada una década más tarde, precisamente para desmentir una asociación con lo francés que la invasión napoleónica tiñó de connotaciones peligrosas. En el ambiente de confrontación bélica que vivió el país tras los acontecimientos de 1808, el mito, si quería ser efectivo, debía responder a las nuevas circunstancias y modificarse radicalmente. Necesitaba imbuirse de un componente xenófobo que también había existido en la rebelión comunera del siglo XVI, como sabían los familiarizados con el tema, pero que Marchena y Quintana, salvo una breve alusión de este último al comienzo de su oda, habían decidido pasar por alto. A partir de la invasión napoleónica, sin embargo, Padilla aparecerá en los escritos de los autores liberales no sólo como un héroe revolucionario que había luchado infatigablemente contra los abusos del despotismo (o, en las versiones más moderadas del mito, como un defensor del pacto constitucional frente a las arbitrariedades de la monarquía absoluta), sino también, y tal vez sobre todo, como un nuevo Pelayo que se había levantado en defensa de la

patria contra la brutal agresión de un tirano extranjero¹². Carlos V y los Austrias, en general, adquieren así un sentido que no habían poseído hasta entonces y que, en esas circunstancias, implicaba identificar su figura con la de Napoleón. La equiparación se hace explícita en escritores como Canga Argüelles, Martínez Marina y José María Blanco White.

La asociación de Padilla con Pelayo obedecía al deseo de dotar a la figura del dirigente comunero de un sentido nacionalista, pero se proponía asimismo redefinir el sentido de Covadonga. Si en la versión tradicional del mito, la batalla que inició la Reconquista estaba cargada de connotaciones religiosas (en un contexto en que la identidad española se caracterizaba como exclusivamente cristiana), ahora, al finalizar la guerra contra los franceses, cuando el enfrentamiento entre conservadores y progresistas se consideraba inevitable, los liberales no podían dejar que sus enemigos acapararan un elemento de tanta trascendencia. Porque de lo que se trataba, en el fondo, no era de replantearse el sentido de la Reconquista, sino de interpretar el carácter de la Guerra de la Independencia: de decidir si el pueblo que se había levantado contra Napoleón lo había hecho en defensa de sus antiguas libertades amenazadas o, por el contrario, para mantener las tradicionales estructuras de poder.

No hay que olvidar que numerosos panfletos de corte patriótico publicados durante la guerra habían recurrido a la comparación de la invasión napoleónica con la musulmana, sugiriendo que se trataba en ambos casos de un enfrentamiento similar. Los liberales se veían obligados, si no querían dejar el mito en manos de sus rivales, a modificar el significado de la figura de Pelayo. Con este fin, algunos de ellos interpretarán la batalla de Covadonga, no como un levantamiento en defensa de la religión amenazada, sino como el comienzo de una nueva etapa histórica en la que se instauró una forma pactada de poder. Así, Bartolomé Gallardo afirma en 1814 en *La abeja madrileña*, poco antes del regreso de Fernando VII, que en Covadonga y Sobrarbe «empezó por primera vez el pacto social de los españoles; pues las leyes de Castilla y Vizcaya, con los fueros

¹² La comparación de la invasión francesa con la musulmana es uno de los temas más repetidos en las proclamas patrióticas contra Napoleón. Véase DELGADO (1979).

de la Navarra y Aragón, componían una Constitución tan sabia y perfecta, cual vemos y admiramos en la promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812» (p. 383).

Esta profunda revisión del mito buscaba imponer una nueva interpretación de la historia que permitiera arraigar las ideas progresistas en la tradición nacional¹³. Según Gallardo, los monarcas de los distintos reinos habían respetado «religiosamente los fueros de la nación, hasta que un rey extranjero (Carlos I) consumó lo que había proyectado su abuelo» (*ibid.*, p. 384). El temperamento absolutista del nuevo rey, continuaba el autor extremeño, no tardó en chocar con los antiguos usos peninsulares, y la «desgraciada batalla de Villalar, perdida por las Comunidades de Castilla en 23 de abril de 1521, forjó nuestras cadenas» (*ibid.*). En esta nueva interpretación del mito, la monarquía constitucional apadrinada por los liberales hundía sus raíces en el inicio de la Reconquista y se convertía, de hecho, en uno de los pilares de la identidad nacional. La España defendida por los conservadores, en cambio, estructurada alrededor de la idea de monarquía absoluta, no tenía nada de autóctona, ya que había sido importada a principios del siglo XVI por una dinastía extranjera y sólo consiguió imponerse mediante la violencia. El amor de los españoles por la libertad únicamente comenzó a debilitarse cuando las dinastías de los Austrias y de los Borbones accedieron al trono, introduciendo una forma de poder extraña al ser nacional. La alusión a Sobrarbe por parte de Gallardo tampoco es gratuita, ya que implica una reinterpretación del mito fundacional de la Reconquista que cuestiona la definición de la identidad española sobre bases exclusivamente castellano-leonesas.

[...]

¹³ Nos encontramos frente a lo que Eric HOBBSBAWM denomina «tradiciones inventadas», que define como «responses to novel situations which take the form of reference to old situations» (1983, p. 2). Sobre la creación de un pasado mítico para legitimar un proyecto de futuro, véanse Patrick GEARY; George BOND y Angela GILLIAM; Martin BERNAL; Margarita DÍAZ-ANDREU; Ernest GELLNER; Marc FERRO; Bruce LINCOLN; Ronald SUNY, y Anthony SMITH (1996). BOND y GILLIAM consideran que historiadores y antropólogos desempeñan un papel esencial en la construcción del pasado y esa construcción «is an expression and a source of power» (1994, p. 1). Recientemente, para superar el conflicto causado por la creación de tradiciones incompatibles entre sí por parte de ciertas autonomías españolas, propone RIVIÈRE que deberíamos someter la aplicación del conocimiento histórico «a una profunda revisión: la del *sentido* que le damos y la del *uso* que estamos haciendo de la historia» (2000, p. 219).